Como si fuera febrero

TATIANA ACEVEDO GUERRERO



LUEGO DE VARIAS SEMANAS DE CUArentenas y días difíciles, muchos afirman que habrá un antes y un después de la pandemia. Hay quienes dicen que la recesión y la caída en los precios del petróleo llevarán a cambios drásticos en las políticas económicas y sociales. Otros vaticinan una transformación profunda en las formas en que interactuamos entre nosotros y con la naturaleza. Quizá los cambios en Colombia solo profundicen fracturas viejas. Pues algunos procesos permanecen casi intactos ante la inercia, la terquedad y la falta de imaginación de los gremios y grupos económicas y, sobre todo, del Gobierno nacional.

Uno de estos tiene que ver con la minería en sus distintas versiones y tensiones. Tras un mes de ser desalojados de la mina La Cruzada, en Quinchía, Risaralda, guardias de seguridad privada aseguran que cerca de 50 mineros decidieron ingresar de nuevo al socavón para extraer oro en plena cuarentena. Catalina Cadena, gerente de la filial de una minera internacional en Risaralda, pidió ayuda a las autoridades nacionales y acusó a los mineros de hacer "un túnel conexo al que ya se había tapado anteriormente con un muro de concreto de un metro de espesor para evitar el ingreso de estas personas". Cadena recordó que "esta mina es de la compañía, es decir, de propiedad privada". Entretanto, los mineros explicaron que aún antes de la pandemia no hubo cumplimiento de las condiciones laborales y que, además, "necesitan llevar alimento a sus casas".

Otro de estos procesos tiene que ver con el latifundio cañero en el Cauca, las promesas incumplidas de redistribución de la tierra en la región y los intentos de comunidades indígenas por recuperar tierras. *El País* de Cali anunció hace algunos días el "rechazo contundente" de la Sociedad de Agricultores y Ganaderos del Cauca, SAG, y Asocaña, que exigieron a las autoridades nacionales investigar el ingreso de "un número indeterminado de indígenas a un predio privado" en el municipio de Guachené, norte del Cauca. Se informó también que hizo presencia el Esmad de la Fuerza Pública "para restablecer el orden".

En ciudades de clima caliente persiste una preocupación vieja que tiene que ver con la desigualdad en el acceso a infraestructura de agua. Tiene que ver también con una fiebre que no es la del COVID-19. En Tolima hay cierta sorpresa por aumento del 91 % en los casos de dengue. Las poblaciones más afectadas por el dengue en el Tolima son los niños y niñas de cinco a nueve años. En Caldas se vive una situación parecida. "Antes era posible que enviáramos personal a fumigar casas, pero ahora no se pueden desplazar", explicó una funcionaria.

Por último, está la guerra contra las drogas, que es tal vez el proceso más devastador y terco de la historia nacional. El pasado martes, mientras comunidades afrodescendientes en Nóvita, Chocó, esperaban subsidios y comida para afrontar la cuarentena, vieron llegar en cambio helicópteros llenos de policías antinarcóticos con la orden de erradicar cultivos de coca. De acuerdo con Víctor Darío Luna del Consejo Comunitario Mayor de Nóvita, ante las protestas de la comunidad que ahora no tiene más sustento, antinarcóticos respondió "disparando balas de goma, lanzando gases lacrimógenos, cortando con motosierras los cultivos y rociando con glifosato las hojas de coca y los cultivos de plátano y lulo". Por su cuenta, autoridades del resguardo indígena Bocana de Luzón, en Putumayo, denunciaron una situación muy similar. Mientras intentaban mantenerse aislados para evitar contagios, llegó por aire, quién sabe desde donde, el Grupo de Operaciones Especiales "Comando Jungla" de antinarcóticos y estuvieron paseándose por todo el resguardo, amenazando sin tapabocas ni cuidados ni respeto por la dignidad de los pobladores.

El malestar unánime

WILLIAM OSPINA



LA GRAN DIFERENCIA ENTRE LA pandemia que ahora vivimos y todas las grandes pandemias de la historia, es que cuando ocurrieron todas las anteriores no habíamos alterado de un modo tan dramático el equilibrio natural, no estábamos viviendo un cambio climático tan acelerado, una extinción de especies tan creciente, una destrucción de la biosfera tan gigantesca, un cambio de dieta tan imprudente y tan insano, una incorporación al mundo de alteraciones genéticas obradas por la ciencia y por la industria tan llena de consecuencias impredecibles.

Es frecuente decir: "Ya vivimos otras pandemias y las superamos, al cabo de algunos meses la humanidad se inmuniza, y todo vuelve a la normalidad. La vida no sería posible si la especie no tuviera esta capacidad extraordinaria de afrontar los ataques de virus y bacterias, si no contáramos con este don de desarrollar anticuerpos".

Y tenemos razón: nuestra esperanza no está realmente en la medicina, que apenas puede ayudarnos a resistir, ni en la ciencia, que a veces tarda tanto en encontrar una vacuna efectiva, ni en los gobiernos, que a duras penas logran capotear la tempestad, sino en la naturaleza, en la capacidad de nuestro organismo para resistir al asedio.

Claro que no ignoramos que hay especies que se han extinguido, que un experimento de un millón de años no es en sí mismo una garantía de eternidad.

Pero si esperamos tanto de la naturaleza, si dependemos de tal modo de ella, no deberíamos creernos tan distintos, no deberíamos alterarla de esta manera irresponsable. Una especie que necesita respirar 13 veces por minuto, como dice la canción, no debería envenenar así la atmósfera, talar a este ritmo las selvas, secar los humedales y los pantanos. Esas condiciones que hicieron hasta ahora tan posible la vida, que hicieron a este planeta tan propicio para nuestra salud y por lo mismo para nuestra felicidad, no deberíamos arruinarlas de un modo tan estúpido.

¿Qué pasaría si esto que estamos viviendo se convirtiera en una situación permanente? ¿Si nos volviéramos un peligro continuo los unos para los otros? Yo sinceramente creo que no será así. Creo que lograremos afrontar esta crisis. Pero conviene preguntarse una y otra vez qué pasaría si este planeta que fue nuestra alegría, que hizo posibles los cuadros de Renoir y los cantos de Whitman, se convirtiera para siempre en un nicho tóxico de clima intolerable, escaso de oxígeno, lleno de virus cada vez más mutantes, carcomido por la codicia, sepultado por las basuras, envilecido por los plásticos, envenenado por los pesticidas, donde nuestro organismo ya no fuera capaz de reaccionar. Si el Sol nos quemara, si la luz nos cegara, si el agua ya no fuera la bendición que fue siempre, si hasta en los tejidos la voluntad de vivir se fuera apagando.

Sinceramente creo y espero que volveremos con tranquilidad a las calles, a los abrazos, a las fiestas, a los amores, al diálogo amable con los desconocidos, que volveremos a la confianza, a la desprevención, a la alegría de vivir y de luchar. Que dejaremos de contar contagios y fallecimientos, de desinfectar todo lo que antes tocábamos sin miedo, que volveremos a silbar bajo las arboledas y a tendernos en la hierba para mirar las nubes, y que aprenderemos el arte olvidado de agradecer por las cosas más elementales, por los saberes del cuerpo, por la única riqueza que es una vida sencilla, unos afectos verdaderos, una civilización por la que valga la pena vivir y morir.

Pero ya nos estaba haciendo falta algo que nos recordara que el cuerpo es un milagro, que la confianza es un tesoro, que lo que merecemos nosotros lo tiene que merecer todo ser humano, y que esos poderes que hemos despertado, las transformaciones que hemos realizado sobre el mundo, la destrucción del equilibrio natural que está obrando esta época con la entusiasta participación de todos nosotros, son el gran peligro, y pueden estar generando fenómenos irreparables.

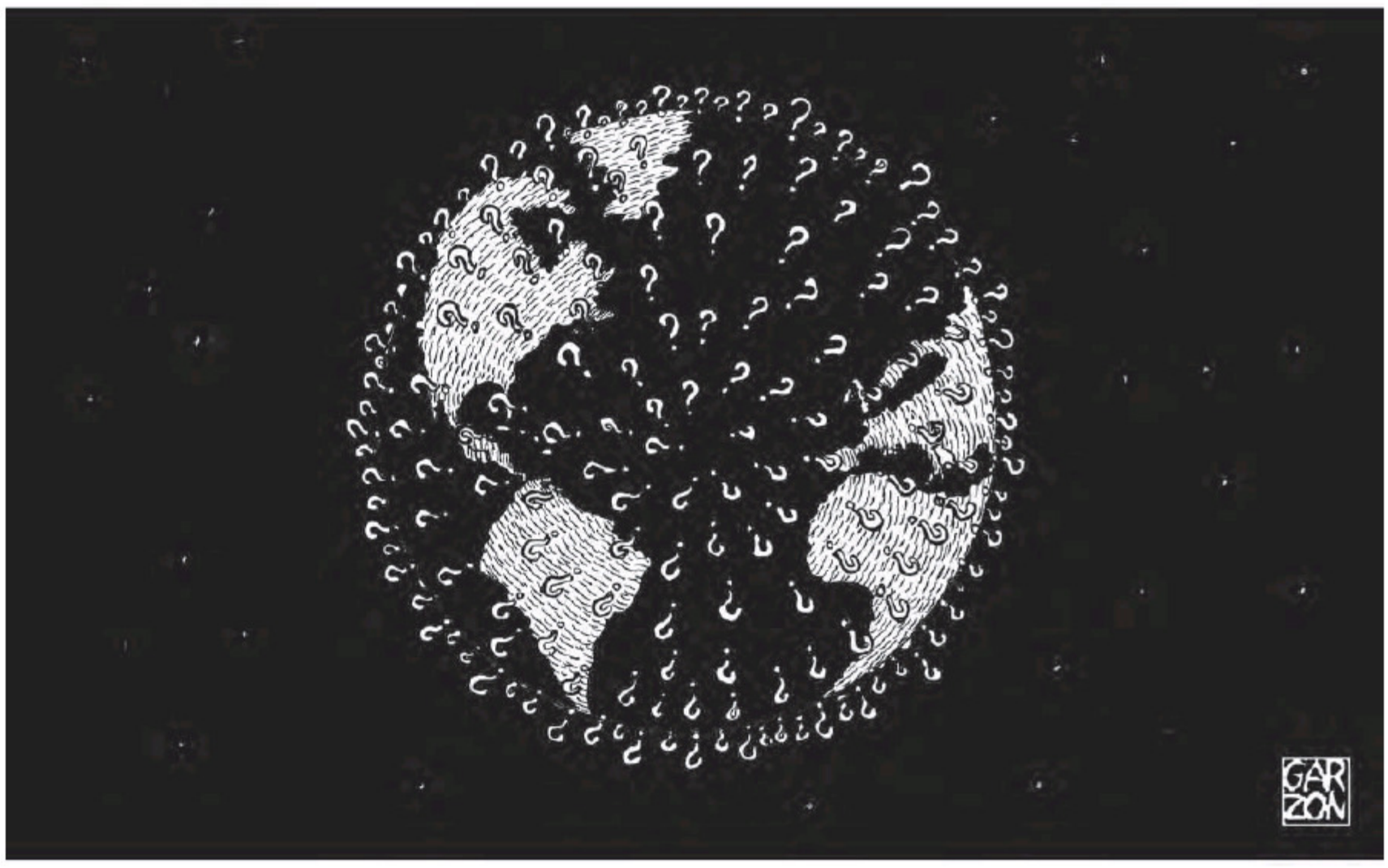
Lo que ha pasado en estos cuatro meses no es solo un caso de salud pública. El virus de baja peligrosidad que nos pintaron inicialmente ha logrado afectar nuestra vida de un modo inquietante y minucioso, aún no hemos visto todas sus consecuencias, y ha puesto al desnudo el tejido de contradicciones, de injusticias y de paradojas que llamábamos la normalidad.

Nos está demostrando para bien y para mal que todo puede cambiar de la noche a la mañana. Los Estados y las empresas que nunca encontraban cómo pagarles bien a las personas por trabajar de repente tienen que pagarles para que se queden en casa. Las aerolíneas del mundo entero de pronto se ven expulsadas del cielo. El petróleo cuyo precio nos tiranizaba y cuya combustión a la vez nos movía y nos paralizaba, se hunde en lo inexplicable. Democracias tan envanecidas de sí mismas, tan legalistas y tan escrupulosas como los Estados Unidos, ven de repente a su presidente en campaña firmando como un regalo personal los cheques de dineros públicos que se entregan a los ciudadanos. De repente no hay un alma en Venecia, ni en Times Square, ni en los Campos Elíseos, y el globo unificado parece recordar incómodamente que después de Roma y su universalismo vino la Edad Media con sus aislamientos y sus diablos de aldea.

El mundo en que nos ha sorprendido esta pandemia no es ya el mundo intacto y seguro que fue en otros tiempos. Las lluvias de pájaros y la muerte de las abejas lo anunciaban como si fueran oráculos.

No creo que haya nadie castigándonos, pero, aun así, tenemos que mirar en todo el planeta este malestar unánime como una advertencia.

Cartones de Garzón



pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER PressReader.com +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW